

EL SUEÑO DE HABLAR

Sobre Virginia Ducler. *Cuaderno de V.* Buenos Aires: Mansalva, 2019. 110 pp.

Julieta Lopérgolo
Universidad Nacional de Rosario

Como si se tratara de la técnica de cajas chinas que logra incluir una historia dentro de otra y ésta dentro de otra, los sueños estructuran, dividen y hacen avanzar el cuaderno de V. Cada sueño echa luz sobre un fragmento de la historia de Dziewica, Vica. Un fragmento total, si puede decirse así a una pesadilla que siempre está ocurriendo, arrasándolo todo. A su vez, esos sueños que se pliegan unos sobre otros se proponen ellos mismos como una sucesión de despertares a los que siempre ronda la muerte.

Ejercicio de memoria, diario íntimo en el que el tiempo aparece fallado –apenas se nos proporcionan fechas, una navidad, un año nuevo, unas vacaciones a un balneario cordobés, edades que siempre parecen remitir a la infancia–. Nada de lo que se cuenta en *Cuaderno de V* remite a alguna confesión sino a un trabajo que la narradora señala desde el inicio como el trabajo de hacerse fuerte. Una pregunta compartida con los lectores: “¿Qué es esto? ¿Una novela? ¿Un sueño? ¿En qué género estoy desplazándome mientras veo aflorar recuerdos dolorosos?” y junto con el enigma del género aparece el de la propia identidad de quien escribe, testimonia,

dice: “¿Qué soy? ¿Un ser humano? ¿Una mujer? ¿Una nena?” Testimonio de un desamparo que duró demasiado, del fin de una infancia y, al mismo tiempo, de la perpetuación de una edad vulnerada por el horror y el olvido generalizado.

Cuaderno de V lleva de la mano al lector hacia el abuso cometido por un padre (“nuestro papá”, “Eduncho”, “el juez”, “ese padre”), una serie interminable de violencias ejercidas sobre Vica y sus hermanos, la complicidad de una madre que lava la brutalidad del abusador como quien le lava la camisa a la muerte, siempre dispuesta a recubrir el horror. Un padre que abusa de su hija, de su hijo, el Juez, el que tiene el reflejo de pegar “así como el cielo tiene el reflejo de llover”, el que insulta y golpea sin control, el admirado y respetado por aquellos que sólo lo conocen puertas afuera, el maestro del dolor más profundo. Según Vica, el que la entrenó desde sus primeros años de vida para salir del infierno.

Los hijos, los hermanos, atrapados en la rueda del silencio y el secreto, de la normalidad de una casa con pileta y plantas, mientras lo cotidiano eran los golpes, las patadas, los gritos, lo no dicho. Así describe Vica la mayor parte de su vida familiar, y también la vida que siguió, lejos del hogar paterno, como si la violencia se hubiera mudado con ella a todas partes.

Vica la loca, la llorona, la que tenía problemas, la que insultaba al padre, la que se hacía pis encima hasta que fue grande, la que quería enloquecer, perderse, un resto, un eslabón fallado. Sin embargo, a medida que se avanza en la lectura es cada vez más potente el movimiento que sacude la sensación de un pasado “guionado” como una pesadilla que no

deja de repetirse de idéntica forma y delimita un presente en el que Vica se anima a asomarse sin una pizca de autocompasión, porque de ahí ha tenido que salir para escribir su historia.

Enseguida, “eso” que aniquila, como la autora llama al vacío que en el comienzo del Cuaderno no se puede nombrar más que señalando el agujero, el pozo, encontrará otra forma de decirse, acaso más cruda. “Anoche recordé que me violaron a los cuatro años”, cuenta Vica. La nena pinchada, como ella misma se nombra, encuentra así una manera de aludir al dolor, intacto, intocable.

Si tal como escribe Fabián Casas: “Parece una ley. Todo lo que se pudre forma una familia”, en este caso la ley feroz del padre no permitió que se formara nada: “no rompimos nada, porque no había nada. Lo único que quedaba era el armazón de eso que se llama familia”. Se trata de un libro lleno de preguntas. Un yo despojado y a la vez potente llama a lo que no viene sin otra forma que la de la incertidumbre, el miedo, el dolor puro, y al mismo tiempo así intenta conjurarlos. No se trata de la redención ni de la indulgencia. ¿Cómo podría?

Además del sufrimiento indecible de esta niña a la que los padres no soportaron ver crecer, Vica narra la tristeza casi como si se tratara de un nombre propio tanto como de una protección. La tristeza “crónica” nacida de “la falta de contornos”, la sensación de ser un desierto inabarcable, imposible de delimitar, junto con los ataques de angustia que la acompañaron desde la infancia hasta buena parte de su vida adulta la protegían, según Vica, de la locura. Esos tics que su

“maldita razón” ponía a prueba una y otra vez la mantenían callada y hundida.

De la mano de su autora, la voz de Vica se afina hasta penetrar en los resquicios de una memoria oscura, virgen, en la que hasta ahora no se habían podido inscribir huellas. La voz se afina, se hace precisa, las palabras operan como cortes, dejan marcas, conmueven el sentido, lo transforman. La sobriedad del tono de la narradora corre pareja con la desolación que recorre las páginas, el dolor que convocan los recuerdos y del que la protagonista consigue desprenderse para ubicarlo mejor, para que deje de habitarle el cuerpo, como si luego de agujereado el dolor fuera posible extraer su jugo intolerable.

El pis que se filtra por el agujero que Vica tiene entre las piernas y parece tomarla por completo está hecho del material doliente de la pérdida: de la infancia, de la confianza, del amor de los más cercanos derivado en un rechazo atroz, oceánico. ¿Qué hacer con ese agujero voraz que fue durante tantos años la única atmósfera en la que era posible respirar aun sin aire? ¿Cómo domar la fuerza descomunal que arrasa con el presente y lo reduce a una excusa imposible siquiera de empardar el infierno conocido?

A la capacidad de olvido familiar, Vica opone una manera – la propia– de recordar con el cuerpo: “Para mí recordar fue como tener un accidente, como si me hubiera atropellado un tren, como si me hubieran descubierto un tumor cerebral”. *Cuaderno de V* está escrito con las llamas que Vica veía arder en sus sueños y más allá de ellos. El fuego también pertenece a las

palabras con las que esta nena soñaba desde pequeña. Una vez que robe ese fuego para sí sabrá que es posible hacer arder la memoria. Vica, que no se acordaba de nada, escribe que el proceso de recordar antecedió cinco o seis años a la escritura del libro, algo como “una luz gradual” se fue imponiendo en el desierto de su memoria: “Hasta entonces, nada dejaba huella en mi memoria. Era, como si cuidara el terreno de mi memoria para que no creciera nada ahí, como si lo mantuviera virgen para que irrumpiera el recuerdo doloroso, la herida que tendría que sanar algún día”.

Vica soñaba con las palabras y también soñaba con hablar. Pero la voz no salía, hasta que descubrió que podía escribir: “Ah, en la escritura había tiempo”. *Cuaderno de V* es la escritura de un dolor o, mejor dicho, de la verdad de ese dolor: “Lo único que quería era saber la verdad y escribirla algún día, como estoy haciendo ahora. Porque nadie decía la verdad. Nadie”. Ella escribe sabiendo que este libro va a incomodar, que tal vez no es posible hacerlo de otro modo ¿Por qué ahorrar esa incomodidad a quienes ayudaron a mantener el dolor callado? Sabe que sus parientes se van a enojar. Más adelante dirá “escribir esto es quedarse sola”. Pero ella sabe que se trata de otra soledad, aquella de la que Marguerite Duras dijera que es la soledad real del cuerpo, esa que se convierte en “la inviolable (necesidad) del escribir”, la soledad en que se está y no aquella a la que se ha sido arrojado.

Entonces se escribe para constatar que no se es una sobra, que las palabras abusivas y brutales del padre acerca de la desgracia de ser una mujer –repetidas una y mil veces sobre el

cuerpo infantil– no son las únicas palabras. Se escribe para que aquella nena traiga finalmente, y para sí, “una flor del infierno”.

El sueño de hablar es también el sueño de romper con ese silencio paralizante que reservaba para Vica una serie de nombres-máscaras que la dejaban en el lugar de una totalidad inaccesible y a las que ella se refiere en pasado: “fui puta, virgen, cleptómana, enferma psiquiátrica, suicida, drogadicta, leal, traicionera, débil mental, brillante, hermosa, horrible”. Finalmente Vica escribe en presente: “soy múltiple [...] Soy hija del vacío. Me armo y me desarmo en el aire.” Si más arriba decíamos que para la protagonista de *Cuaderno de V* se trata de conquistar una soledad que no es puro efecto del desgarró, del vacío como consecuencia, la escritura de este Cuaderno pone de manifiesto la centralidad de una pregunta vital: “¿Qué hacer si la nena pinchada ya no está?” Vica, madre temprana de sí misma, ofrece su orfandad mientras acepta que hay *una*, desconocida, aún no manifestada, que quiere vivir: “una nueva yo”.

Del dolor se hablará mucho a lo largo de esta novela. “El dolor va y viene –dice Vica–. Es un mar adentro mío. Va y viene, sube y baja”, como escribiera José Emilio Pacheco del mismo mar: “Empieza donde lo hallas por vez primera / y te sale al encuentro por todas partes”. ¿Qué hacer con esta fuerza que anega hasta el rincón más oculto y protegido de la existencia? Vica asegura que aprendió a amar el recuerdo doloroso que emergió una noche para devolverle una verdad, la propia. “Lo miro, lo observo, lo quiero. Amo esa noche en que, con apenas cuatro años tuve que atravesar el infierno, el dolor más terrible, el más incomprensible”. Operación

incuestionable porque la autora no se propone a sí misma como modelo o medida. Ni siquiera sugiere que se la trate como un caso. Ella escribe ese dolor, se lo cuenta a sí misma, a Vica, para impedir que su dolor sea clasificable. Pero no sólo eso. Es el acto de la escritura el que derriba al padre abusador para que este caiga como “cae una torre”.

Dziewica, Vica, Virginia, habla y escribe su vida en este Cuaderno para que aparezca al fin algo indeterminado, una fuerza nueva capaz de desbancar al sufrimiento y la violencia como destino. Para poner cada cosa en su lugar, para devolverle al padre la semilla de la vergüenza, para colocarla en su sitio.